

**John Lewis Gaddis, *Surprise, Security, and the American Experience*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2004, 150 pp.**

Los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001 marcaron un parteaguas en la historia de Estados Unidos. Aquella mañana, miembros de la organización Al-Qaeda realizaron el atentado más espectacular de que se tenga memoria. Utilizando aviones comerciales como misiles, atacaron el centro comercial (las Torres Gemelas), militar (el Pentágono) y político (la Casa Blanca, fallido) de la principal potencia mundial. En el atentado, no sólo fallecieron miles de personas, sino también millones de norteamericanos vieron cómo su creencia de habitar la nación más segura del orbe se desmoronaba. Estados Unidos no había recibido un ataque en territorio continental desde que los ingleses quemaron el Capitolio en 1814. Unos meses después, Colin Powell, entonces secretario de Estado, declaró: “una nueva realidad ha surgido, una realidad que vincula al terrorismo con las armas de destrucción masiva y los Estados autoritarios”.

La reacción del presidente George W. Bush fue enérgica y contundente. Unos cuantos días después del atentado, el mandatario se dirigió al pleno del Congreso, a sus compatriotas y las naciones del orbe: “Nuestra guerra con el terror comienza con Al Qaeda, pero no termina ahí. No terminará hasta que todo grupo terrorista, sea encontrado, detenido y derrotado [...] Cada nación, en cada región, debe hacer hoy una decisión. O ustedes están con nosotros, o están con los terroristas. A partir de este día, cada nación que continúe albergando o apoyando al

terrorismo será considerada por los Estados Unidos como un régimen hostil". Con este famoso discurso, Estados Unidos empezó su campaña antiterrorista. Con esas palabras dio inicio la época política más conservadora desde que Warren Harding fuera presidente en los años veinte del siglo pasado.

Poco a poco se fue delineando una estrategia de política exterior que más tarde fue conocida como la "Doctrina Bush". Este diseño comprendió cinco rasgos fundamentales: a) ataque preventivo; b) unilateralismo; c) cambio de régimen; d) expansión de la democracia como medio de seguridad nacional de Estados Unidos, y e) políticas inclusivas o exclusivas (o con nosotros o con los terroristas). Para varios analistas, éste fue un diseño sin precedente en la historia estadounidense. Para John Lewis Gaddis es sólo una constante de la vida política estadounidense.

Producto de una serie de conferencias en la biblioteca pública de Nueva York, en su libro, Gaddis pretende poner en perspectiva histórica los acontecimientos del 11 de septiembre y sus consecuencias. Hurgando en el pasado, busca tendencias similares a la política exterior de George W. Bush, que le permitan tender puentes entre el ayer y el hoy. Basándose en C. Vann Woodward, el autor afirma que el hecho de que Estados Unidos esté rodeado por el Atlántico, el Pacífico y el Ártico, le han permitido mantener un relativo aislamiento de posibles ataques provenientes de otros países, autoconciéndose Estados Unidos como un país seguro. Por consiguiente, el atentado "del 11 de septiembre fue no sólo una crisis de seguridad nacional, sino también una crisis de identidad nacional" (p. 10). Sin embargo, Gaddis señala que ésta no es la primera ocasión en que las llamas por un ataque externo inundan la capital. De inmediato, la guerra con Gran Bretaña le viene a la mente, y el humo en el Capitolio se convierte en la narración de un evento que en el ayer también cimbró la vida de los estadounidenses.

Es bajo este contexto, que el profesor de Yale recupera la figura de John Quincy Adams como “el más influyente gran estratega estadounidense del siglo XIX” (p. 15).

En opinión de este autor, Adams concibió durante años varios de los rasgos de la actual política exterior de Estados Unidos: ataque preventivo, unilateralismo y hegemonía. En lo tocante a la primera de estas características, sostiene que el ataque preventivo ha permeado la historia norteamericana. De acuerdo con el autor, Adams ya proponía un ataque preventivo en la Florida española. Más tarde, James K. Polk utilizó dicha noción para justificar la expansión. Polk presentó como razón para anexar a Texas en 1845, que dicho territorio no podía mantener su independencia, conseguida con anterioridad, y por consiguiente podía caer en manos de ingleses o franceses, dañando la seguridad estadounidense. Afirma que el presidente William McKinley tomó las Filipinas como un medio para que no cayera en manos de Estados poderosos como Alemania o Japón. De manera similar, Gaddis cita episodios acaecidos durante las administraciones de Theodore Roosevelt, William Taft, Woodrow Wilson, John F. Kennedy y Richard Nixon, por lo que en su opinión, cuando George W. Bush habló en junio de 2002 de que Estados Unidos debería estar listo para un ataque preventivo, “estaba sólo haciendo eco de una vieja tradición más que estableciendo una nueva” (p. 22).

En lo relativo al unilateralismo, Gaddis destaca que se remonta a los tiempos de George Washington, pasando por la Doctrina Monroe de 1823. Para este autor, el unilateralismo fue la forma en que Estados Unidos condujo sus relaciones internacionales hasta el comienzo de la segunda guerra mundial. Por consiguiente, la política unilateralista de George W. Bush “refleja un regreso a viejas posiciones, no el surgimiento de una nueva” (p. 26). Finalmente, en relación con la hegemonía, afirma que ésta se remonta a los tiempos de John Quincy Adams,

cuando enfáticamente sostuvo que la alternativa estaba “entre tener por un lado una multitud de pequeños clanes [...] o por el otro, una nación coexistente con el continente norteamericano, destinada por Dios y la naturaleza para ser la más populosa y la más poderosa gente jamás conjuntada bajo un mismo pacto social”. Para el autor, la administración Bush, “intencionalmente o no, se ha basado en una serie de tradiciones que se remontan al primer ataque a Washington hace 187 años” (p. 31).

Sin embargo, en opinión de este especialista, la administración Bush ha emprendido la más “impresionante reevaluación de la gran estrategia estadounidense en más de medio siglo” (p. 81). Gaddis narra cómo con anterioridad, sólo Adams y Franklin D. Roosevelt hicieron modificaciones de esta envergadura. Así, Bush ha redefinido lo que se conoce como el “imperio de la libertad” (p. 74). En la concepción del actual mandatario estadounidense, la soberanía ya no puede ser respetada, en particular, en aquellos Estados que protegen terroristas; debe atacarse preventivamente donde quiera que exista la amenaza, y debe expandirse la democracia como forma de salvaguardar la seguridad de Estados Unidos. Teniendo como bagaje la noción de que las democracias no pelean entre sí, la actual administración republicana estima que la libertad es buena para los individuos, las sociedades y el sistema internacional. Por consiguiente, expandir la democracia, aun en los países musulmanes, es una tarea a la que Estados Unidos no puede renunciar.

Finalmente, Gaddis se pregunta ¿por qué Estados Unidos es odiado?, ¿qué hace que sea el blanco de ataques y animadversiones? No encuentra que las causas sean la pobreza o la injusticia. Para él, Estados Unidos, al igual que las torres gemelas, son un “un blanco irresistible para unos cuantos que aspiran a matar la esperanza” (p. 116). Para él, la esperanza se debe mantener defendiendo sin cansancio ciertos valores, asumiendo responsabilidades, aceptando que no se puede ejercer la he-

gemonía sin el consenso. En su opinión, la “clave del éxito de Estados Unidos en el mundo ha sido siempre la esperanza de una vida mejor, y de que Estados Unidos continúa siendo más creíble que los demás” (p. 117). En suma, el autor considera que el 11 de septiembre es un parteaguas en la historia reciente de ese país, ya que impulsó a que la administración Bush realizara una nueva redefinición de la seguridad estadounidense, acorde con las necesidades del siglo XXI.

Sin duda, John Lewis Gaddis ha vuelto a escribir un libro reflexivo, interesante, fascinante y provocador. Ignorar su texto, sería dejar en el olvido una aguda explicación de los trágicos acontecimientos que conmocionaron al mundo hace casi cuatro años y sus repercusiones. Dejarlo en el anaquel, sería abandonar la posibilidad de comprender más nítidamente la actual política exterior estadounidense.

*Jesús Velasco*